

UN EJEMPLO HISTORICO

De la política de una democracia

SE podrá discutir si el Tratado de Versalles autorizaba o no a Francia para ocupar el Ruhr, y si, aun teniendo de su parte el derecho estricto, no incurrió al hacer uso de él en el *Summum jus, summa injuria*. Lo que no se puede discutir es que la política francesa ha triunfado plenamente y se ha desenvuelto con firmeza serena que salvó los peligros de una situación difícilísima. Ni la porfiada resistencia alemana, ni la actitud de los comunistas franceses, ni la oposición de Inglaterra apartaron a los gobernantes de Francia de la línea de conducta que se habían trazado. Los hechos les han dado la razón en cuanto al resultado que preveían; la capitulación de Alemania. Indudablemente hubiera sido mejor una sincera reconciliación de los pueblos al concertarse la paz; ¿pero podía esperarse de la naturaleza humana?

La ocupación militar era sumamente arriesgada. La explicable exaltación patriótica de los alemanes había de conducirles fatalmente a actos de provocación. De ahí surgía el peligro de que las fuerzas militares ocupantes, dejándose arrastrar por el orgullo de un ejército vencedor, se lanzasen a represiones sangrientas que hubieran expuesto a Francia a la odiosidad del mundo civilizado. No ha sido así. La ocupación ha sido el triunfo de la paciencia. El mando francés ha demostrado gran dominio de sí mismo y ha impuesto a las tropas la más severa disciplina. A pesar de los actos repetidos de *sabotage*, de las agresiones a las patrullas y a los soldados sueltos, de la resistencia pasiva, porfiada e indómita durante muchos meses, las ejecuciones capitales han sido raras y se ha ahorrado el derramamiento de sangre.

Se ha visto en este caso la firmeza que puede desplegar la política de una democracia. A este título lo consigno, no por malquerencia hacia Alemania, cuyo suicidio económico para sostener la resistencia pasiva, aun siendo un acto de desesperación, ha revelado una constancia ante la cual hay que descubrirse con respeto.

* *

Suenan ahora con frecuencia en España voces interesadas proclamando el fracaso de la democracia, condenada, según estos censores a producir una política débil e incoherente. Hemos visto, por el contrario, en la guerra universal—el más duro yunque en que se ha probado la firmeza de las nacio-

nes y los Gobiernos—, caer las autocracias y los Gobiernos semiautocráticos y salir vencedoras de la prueba las tres grandes democracias de Francia, Inglaterra y los Estados Unidos. Rusia, Turquía, Austria, Alemania, con toda la fuerza de sus poderes personales o sus regímenes autoritarios, fueron los pueblos que cayeron sucesivamente en el palenque, a pesar de sus virtudes militares, y no las naciones de instituciones libres, de las cuales dos, Inglaterra y los Estados Unidos, tuvieron que improvisarlo todo en la guerra terrestre, para la cual sólo Francia estaba preparada.

Antes de la guerra había demostrado ya la tercera República francesa un *esprit de suite*, una constancia y una energía en su política que no tenía nada que aprender de las autocracias y podía darles lecciones. A pesar de las antiguas simpatías hacia Polonia, del espíritu liberal propio de una democracia, del sacrificio espiritual que representaba el asociarse con un régimen despótico como el de los Zares, la alianza rusa se mantuvo por todos los partidos. *Mariana* no soltó el brazo del cosaco, y le dió sus ahorros, creyendo que con él ponía de su parte a la fuerza, cuando en el momento de la prueba resultó —ironía de las cosas!— que *Mariana* era más fuerte que él.

Fué, sin embargo, en la política anterior donde más se puso a prueba la firmeza y la virtud de gobierno de esta democracia. La tercera República francesa nació y ha vivido entre peligros. Cuando el Imperio se desplomó en Sedán, surgió la República como un régimen transitorio, tras el cual se veía próxima una restauración monárquica. Estuvieron preparadas las carrozas que habían de conducir a Versalles a Enrique V. El espectro rojo de la *Commune* dividió y manchó de sangre a la naciente República. Fué la hora en que altos espíritus, progresivos, independientes, liberales como Renán, asustados de las hazañas de Calibán, perdieron la fe en la democracia.

Doctor Constantino Herdocia

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

La República se defendió, sin embargo. Planteó el mariscal Mac-Mahón el dilema de «someterse o dimitir», mostrando que no quería dictadores. Cada día traía su dificultad. Desapareció Gambetta, que a pesar de sus taras y sus achaques de *Numa Roumestan* y de *Rabagás*, era un hombre de gobierno, de gran capacidad y carácter, y tenía la aureola de haber prolongado la defensa nacional. Vino, bajo la presidencia del opaco Grevy, el escándalo de las condecoraciones. Wilson, el yerno del Presidente, tipo del *businessman* y del político a la americana, arrastró en su caída a su suegro, demostrándose que en Francia los yernos eran más peligrosos que en otras partes.

El magno escándalo de Panamá infringió a la República un gran quebranto moral. Sus enemigos se esforzaron en presentarla como un régimen esencialmente *panamista*, de corrupción y negocio. El Imperio no había sido un régimen austero; la monarquía había tenido un Law y antes un Fouquet; mas la impresión presente puede más que la memoria histórica. La política democrática venció aquella crisis por el único procedimiento eficaz y honrado: el de la justicia. Se vió que en aquella República los ministros iban a la cárcel. Hasta la política de expansión colonial que ha dado a Francia un imperio mayor que el que tuvo en la gran época de la Monarquía y un vivero de excelentes soldados, ocasionó, al surgir los adversos accidentes, comunes en estas empresas, horas de impopularidad. Ferry fué impopularísimo en los días de Lang-Son. La historia le ha justificado. La política colonial no se abandonó.

* *

Estaba el régimen republicano algo resentido de estas peripecias y contrarios accidentes cuando se le presentaron las dos crisis más peligrosas que ha tenido que vencer, gravísimas para cualquier gobierno: la del *boulangérismo* y la del *affaire Dreyffus*. Boulanger era, sin duda, un hombre muy inferior, pero con todo peligroso. Era el tipo del viejo *galantín*, que pasa por la peligrosa crisis del reverdecimiento de los cincuenta años, con un brote de falsa juventud, de ambiciones, de amor retrasado, gran espuela de la ambición. «A vuestra edad, general, Napoleón se había muerto ya», le dijo cáusticamente uno de sus adversarios, indicándole que Napoleón lo tenía ya todo hecho a la edad en que Boulanger pretendía empezar la carrera de Napoleón. Pero era con todo un hombre peligroso, y sobre todo un instrumento peligroso. Su actitud en el incidente Schnœbele, su mando en Africa, su gestión en el ministerio de la Guerra